

sacrificios para su formacion; es que el Ejército y Guardia Nacional estén nutridos con la sangre más vigorosa de nuestros contingentes, con todo lo útil de nuestra juventud.

II.

Necesidad de otra organizacion militar.

EL celebre publicista francés Cárlos Montesquieu escribia: "La vida de los Estados es como la de los hombres y si éstos tienen derecho de matar en defensa propia, aquellos tienen el de hacer la guerra para conservarse." Refleccionando sobre esto bien pudiera decirse, que dadas las garantías de que el hombre disfruta en una sociedad organizada, las naciones más que los hombres estan en la obligacion de hallarse preparadas para defender sus derechos y autonomia, por que no tienen como aquellos autoridad superior que dirima sus contiendas.

El instinto de conservacion es natural en todo ser viviente y ese instinto elevado á más alta escala es la ley suprema de los pueblos. Ellos desarrollan sus elementos de produc-

cion y de industria bajo la influencia de esa ley, para el cumplimiento de la cual se necesita indiscutiblemente el poder de la fuerza que repela las agresiones y evite las anarquías.

Nuestro país desde que consumó su independencia, con pequeñas treguas, medio siglo estuvo sufriendo en su seno sangrientas revueltas, ocasionadas por la guerra de principios y por motines militares; que las más de las veces, un número de hombres armados bajo las órdenes de jefes audaces que dominaban en medio del desconcierto social en que quedó la nación despues de haberse hecho independiente, fué lo que se llamó Ejército; y en los años de 56 y 57 en que se discutió nuestra definitiva Constitucion política, los hombres honorables que la formaron, que no tenían ante sus ojos más que aquellos desgraciados antecedentes del Ejército, no obstante la justa prevencion con que lo vieran, tomando en consideracion las razones filosóficas y sociales de que ántes he hecho mérito, determinaron su organizacion é impusieron el servicio de la Guardia Nacional, cuya guar-

dia debiera ser reserva del Ejército permanente. Y es porque nunca puede desconocerse que el único medio que tiene una nacion para hacerse respetar, es un Ejército bien organizado. Alguna vez la preponderancia de ese elemento de fuerza y las malas instituciones que á ésta le sirven de base, ocasiona á un pueblo la desgracia de verse sometido al arbitrio de sus soldados; pero el medio de evitar este mal, es que la fuerza armada sea compuesta por todos los elementos sociales, por hombres que representan el espíritu nacional en su conjunto y que sirvan á su patria inspirados por el noble sentimiento del deber. La experiencia que nos dá la historia de otras naciones nos comprueba esa verdad incontestable, y por eso he dedicado mis esfuerzos á estos trabajos para proponer la formacion de un Ejército que llene las condiciones á que me contraigo.

Vial, en su "Curso del arte é historia de la Guerra," dice que: *de las instituciones militares depende el engrandecimiento de los pueblos;* y es preciso convenir despues de haber pen-

sado sobre este aforismo, que las instituciones en referencia cuando están en armonía con las políticas, determinan efectivamente la seguridad que un Estado necesita para prosperar.

Cuando todo se regulariza en México, cuando la paz dejándonos respirar libremente nos permite trabajar por mejorar nuestra condición bajo todos conceptos; cuando tenemos la convicción de que el Ejército nos es absolutamente necesario, justo es pensar que ha llegado el tiempo de trabajar por él, levantándolo á la altura que la Nación nuestra demanda.

México que por su situación geográfica tiene de vecina á una nación poderosa que le ha amenguado su territorio, México que es donde está la frontera que separa á las dos razas que en lo general pueblan el continente americano, más que ningún otro país se halla en obligación de apercibirse á mantener su autonomía, á defender sus derechos y cumplir con sus destinos. Se podría objetar diciendo que nuestros derechos nacionales no están

en peligro; pero esto no importa una seguridad para el porvenir y al tratarse de tan gravísimo asunto, no debemos estar al azar de los eventos; y menos cuando una experiencia desgarradora, para que nos precabámonos señala nuestras antiguas comarcas septentrionales, extensas y riquísimas formando parte de los Estados Unidos del Norte; y menos cuando la historia nos habla de ofensas hechas por extraños países á nuestro decoro. Esos antecedentes imperiosamente nos piden la formación de un Ejército verdaderamente nacional, la regeneración del existente.

Para esa regeneración se necesita de la perseverancia, del tiempo, del trabajo. ¡Pero qué prodigios asombrosos no ha obrado siempre el patriotismo de gobernantes ilustres!

Inspirar entusiasmo patrio á toda nuestra juventud hasta hacerla capaz de tomar el fusil en cualquiera emergencia desgraciada, hacer desaparecer en general la aversión por el servicio de las armas, poner á todos nuestros hombres por último en condición de luchar como soldados entendidos llegado el caso;

no apurar los recursos del país para conseguir esto ni ocupar permanentemente todos los brazos que tan necesarios son en nuestra exangüe población para la industria: he aquí el inmenso programa. Muchas veces he desmayado ante su magnitud cuando sólo trato de escribir de un modo sintético sobre su desarrollo, y por eso sería preciso apelar á la ilustración verdadera, al patriotismo sincero, á la inquebrantable constancia de almas grandes, para poder pedir que se trabaje en su favor, una vez que estudiado y perfeccionado se juzgue que dé los resultados que promete.

Sé muy bien y á nadie puede ocultarse, que pretender de pronto organizar un Ejército como el que deseo, dictando para ello leyes que causarían un trastorno social dado nuestro modo de ser, sería no sólo estéril, sino de resultados contraproducentes al bien de la República; sé que sería enteramente utópico el suponer que México desde luego podría llenar el programa á que aludo: para llevar á cabo aquel programa se necesitan trabajos de preparación en que es indispensable el concurso

del tiempo. Pero no por eso puede decirse que no sea practicable lo que propongo; si fuera así en mi concepto, yo no hubiera escrito estas líneas, donde con dolor alguna vez abro para que bien se vean, esas heridas por cuya curación clamo, con todo el esfuerzo que dá una aspiración noble.

Cuando después de ciertos trabajos preparatorios de que hablaré, toda la Nación pueda prestar su concurso, cuando todas las clases puedan dar sus contingentes al Ejército en el momento de la demanda, cuando el espíritu patriótico hable con inteligible voz á todos los corazones mexicanos, entonces lograremos formar un verdadero y respetable Ejército Nacional. Mas es preciso tener presente que todo esto no se improvisa. Desde 1773 empezaron los trabajos de Prusia para imponer el servicio militar á todos sus súbditos sin excepción de rango ni clase. Nosotros, sin embargo, progresaremos en estos trabajos mucho más rápidamente por que podemos marchar sobre el camino ya abierto por ilustres naciones á fuerza de experimen-

tos más ó ménos afortunados; que así fué como bien pronto nos dimos las instituciones políticas más avanzadas del siglo á pesar de nuestra naciente nacionalidad.

La guerra muestra todas las debilidades, todos los defectos de las instituciones militares; y á fuerza de practicarla es como esas instituciones se han ido en todas partes perfeccionando. No se necesita un gran espíritu de observacion para ir notando las faltas á fin de corregirlas y es preciso un cúmulo de circunstancias desgraciadas en una nacion para que ese cruel escarmiento no sea bastante á hacerla progresar en el sentido de que me ocupo.

Aunque no se tema la proximidad de una lucha, siempre conviene aprovechar la paz en organizar los elementos para cuando se ofrezcan, que esa organizacion no se improvisa en el crítico momento de la necesidad; ya de esto tenemos una triste experiencia. Los años de 1847, y de 1862 á 1866 fueron testigos de las invaciones extrangeras que sufrimos y de la debilidad de nuestros recursos

de defensa.

De todos modos, si echamos una mirada sobre la manera de reclutar nuestras tropas, sobre la falta completa de reservas para el Ejército permanente, sobre el bandolerismo que ha reinado en las fuerzas colecticias que se levantan para sostener guerras extrangeras, sin dar esas fuerzas á veces más que resultados contraproducentes á su causa, convendremos desde luégo en que, en una nacion que avanza bajo todos conceptos y que tiene poderosos vecinos, con fronteras sólo marcadas por líneas imaginarias, es un anacronismo nuestro Ejército y convendremos también en que es una necesidad imperiosa su reforma.